

LA PUERTA DE LA LIBERACIÓN

Es la tarde somnolienta de una Navidad (una fecha que casi nunca me ha gustado), y ha pasado tanto tiempo, tanto, que experimento casi como un vértigo. Acaso sea esta somnolencia del mucho tiempo y la tarde gris, tediosa... A fines de 1973 y en enero de 1974 (terminada ya mi carrera universitaria, cansado de una Universidad que incluso entonces teníamos por mala) yo andaba entre los libros y la escritura, como siempre fue mi querencia y afán, pero quien esto lee recordará que yo andaba ya , cumplidos los veintidós años, entrando en el año de los veintitrés, absolutamente desesperado por poner fin a sueños, fantasías e idealismos (aunque eso sería más difícil de lo que imaginaba) y encontrarme ya de veras con mi sexualidad, con ese afán de chicos a mi hechura que anhelaba y miraba en soñadas noches tórridas desde mis dieciséis años, al menos, pero que, la verdad sea dicha, si mucho había mirado y remirado, no había llegado ni a tocar. Eduardo Calvo –tan lejísimos hoy– era quien me había presentado en su vida de noche al ingenioso Gustavo Pérez de Ayala (nieto del novelista) y yo había concluido que en Gustavo no sólo podía encontrar a un amigo –y no hay tantos amigos en la vida, lo comprueba uno no sin melancolía– sino además a la persona idónea para entrar de su mano en el mundillo gay de aquel Madrid pequeño aún al respecto, pero que él evidentemente dominaba, y ya desde mi propio ángulo de mira. Yo a Gustavo (y no sé si a Eduardo)

le había mentido un poquito para no quedar tan en exceso rezagado. Les había llegado a hablar de un noviecito que tenía llamado José Luis... Mentía y no. Sí, porque tal noviazgo no existía, ni siquiera el contacto, y no porque José Luis sí existía y yo me hartaba deseoso de verlo por el patio-jardín de mi casa de entonces. Era el hijo de unos vecinos. Yo no los conocía ni a su familia ni a él (quiero decir, jamás hablamos), pero él me miraba de refilón cuando yo cruzaba el ancho jardín, sin duda porque percibía –aunque yo tratara de disimular– que no dejaba de mirarle a él, y es posible que empezara a tener cierta fama de raro –también por cómo iba vestido– entre aquel vecindario. Nunca hubo nada con aquel José Luis, delgado, alto y con aire, más que de guapo, de muchacho muy muchacho y seductor. Qué más hubiera querido yo que algo real al respecto, pero era mirada sólo. Una de las tantísimas miradas –pero ésta muy a la mano– de las que se nutría mi sedienta, casi ya algo desesperada vida...

Incapaz de soportar más anhelo decidí –mediados de enero del 74– que uno de los días que quedara con Gustavo para merendar y hablar en la cafetería Génova, como fuera, le contaría toda mi ansia y le pediría ayuda. Eso sentía, aunque seguramente lo haría venciendo cierto pudor, que no timidez, y con un poco más, no sé si decir, estilo. La ocasión no buscada con exactitud llegó la tarde de un sábado en que merendamos y charlamos. Yo –para dejar puertas expeditas– le conté a Gustavo que me había enfadado con José Luis (la palabra “novio” era entonces muy importante, también el mismo concepto) porque, creo que agregué por decir algo, estaba muy cansado de sus indecisiones. Gustavo me oyó como comprendiéndolo todo y como verificando que esos chicos jóvenes –poco más que nosotros, pero la diferencia parecía mayor– solían ser así. Vamos, que conocía el percal. Y entonces, pues estábamos en el mismo mar pero en dis-

tinta nave, me dijo que esa noche iba a ir a una fiesta que daba el amigo de un amigo (siempre era así) y que intentaría ligar algo. Sonreía y se mostraba tan sugeridor e ilustrado como siempre. Ahí vi, de golpe, mí ahora o nunca. Y entonces, a punto casi de levantarnos, me atreví a decirle –parece que no se me notó tanto lo novato– “Gustavo, ¿podría ir yo a la fiesta contigo?” Sonrió, como si él también lo hubiera estado esperando y me dijo muy cordial que sí, que por supuesto. Que podíamos quedar a las once por allí, por Colón supongo, y que él ya sabría con exactitud el sitio y que naturalmente iríamos juntos. Gustavo usaba todas las noches el coche azul de su madre a la que nunca llegué a conocer, pero que era profesora notoria en el colegio “Estudio” y se llamaba Carmen. El único problema de ese coche era que como mucho a las siete y media de la mañana debía estar en la puerta de la casa porque Carmen podría necesitarlo. Aunque de familia muy culta y liberal y aunque seguro que aquella madre sabía los gustos de su hijo, al parecer (el viejo puritanismo de la izquierda española de más raigambre) del tema íntimo no se hablaba jamás. El coche debía estar a su hora en la puerta y nadie diría más nada. Así es como quedamos para una hora después, aproximadamente. Dado lo importante que para mí era todo –Gustavo nunca lo supo– me acuerdo perfectamente del día: 2 de febrero de 1974. Con los años he llegado a pensar si en lugar del 2 no era el 4. Sería fácil comprobarlo porque era un sábado. Sin duda mis titubeos nacieron al recordar (mucho después y parecía excesiva casualidad) que mis padres se habían casado un 2 de febrero de 1951. ¿Había algo especial para mí el 2 de febrero? No lo creo, pero aún titubeo con esa fecha que no he ido a comprobar finalmente.

Supongo que antes de continuar convendrá recordar o informar qué era eso de “una fiesta”, referido al mundillo gay del final (aún no presentido, la verdad, aunque tan cerca) del franquismo. Ese mundillo, digámoslo de entrada o repitámoslo, era muy pequeño. Y muchos, bastantes, si ligaban, si se encontraban con alguien deseado, si buscaban el placer del cuerpo (que también es placer del alma) no tenían adonde ir, de modo que la pregunta “¿tienes sitio?” era más que frecuente y estaba llena de ansias y temores entre los homosexuales; por eso, cuando una persona tenía un piso o un apartamento para él, bien porque viviera solo o porque fuera a estarlo esa noche, se le podía ocurrir –y no era raro, con una mínima generosidad– dar una “fiesta”, que era poco más que abrir la casa de noche y a través de amigos y de amigos de amigos, convocar con el tam-tam del deseo a un grupo de homosexuales, que acudirían allí a conocerse y estar tranquilos y juntos, deseando hallar a alguien que te gustara. Normalmente había música y acaso alguna copa (los más educados incluso llevaban una botella de ron o ginebra) pero a veces ni eso había, la reunión bastaba en sí, y otras sí había una pequeña fiesta de verdad, para esa época ya las menos veces, pero yo tuve la suerte –lo veo ahora– de que la fiesta a la que me llevaría Gustavo (tampoco conocía al dueño de la casa, amigo de un amigo) iba a ser una de esas fiestas, pocas, en verdad cabalmente preparadas. No, una fiesta gay no era un gran brillar de lentejuelas, era más bien escondida y, ante todo y por eso mismo, venía a ser o a querer ser un privilegiado y ocasional lugar de encuentro. Los gays de Madrid en esa etapa, y los fines de semana ante todo, siempre buscaban fiestas que –obvio– no siempre había. Aunque tampoco fueran excepcionales. Gustavo me advirtió cuando me subí al coche, ya para ir a la casa, que lo bueno era hallar a alguien “nuevo” –como yo– porque seguramente habría co-

nocidos. Algo inevitable. Un poco los de siempre, los que al menos caminaban de armario en armario, si es que ir a esos sitios (o a los pequeños y casi escondidos bares) no era haber abandonado ya esos armarios, que tan famosos se harían tiempo adelante...

Ninguno conocíamos ni la casa ni al dueño, pero estaba en un lugar céntrico y para mí relativamente familiar pues un poco más abajo, en la esquina de Pardiñas y Francisco Silvela, había vivido al final mi abuela Mina y aún vivía allí tía Carmen. La casa estaba en la avenida de América, casi en el cruce con Cartagena. Y era –es– una buena casa más bien moderna. Era imposible saber entonces (y yo nunca más regresé a esa casa) que en uno de sus pisos, no sé si el mismo al que acudíamos a la fiesta, viviría bastantes años y moriría, tras algunos sin abandonar voluntariamente la cama, el escritor, el gran novelista uruguayo, exilado, Juan Carlos Onetti. Pero anticipo, pues en febrero de 1974 eso no existía. Era el tercer o el cuarto piso, hubo que tomar el ascensor. Pero parece inevitable recordar una por entonces muy clásica pero aún vigente institución de la noche: los serenos. Unos discretos funcionarios municipales, provistos de gorra, una especie de batín y un chuzo –una porra de palo– en la mano, que recorrían unas cuantas cuadras o manzanas vigilando. El trasnochador no tenía por qué llevar las llaves del portal y casi no existían aún los porteros automáticos; llegados al portal hacías sonar palmas o gritabas ¡sereno! y enseguida te respondía una voz que decía ¡va! o el sonido del chuzo golpeado sobre la acera, que quería decir lo mismo. Los serenos (no jóvenes, se decía que la mayoría asturianos o gallegos) conocían a todos los vecinos y más a los que trasnochaban, pero cuando el que llamaba era nuevo el hombre te preguntaba amablemente que a qué piso ibas. Tú se lo decías, incluyendo el nombre del dueño, y el sereno se abría

el portal esperando una leve propina que por aquel entonces no superaba las cinco pesetas –un duro–, pero si ibas a una fiesta gay y suponías que el sereno había abierto a bastantes chicos (y sólo chicos) entonces hacías por mostrarte más cordial para ganar la benevolencia del sereno, lo que no era difícil pues tenían merecida fama de tolerantes, y le dabas veinticinco pesetas –cinco duros– y así más sonrisas y toda felicidad y facilidad. Los serenos desaparecieron hace mucho, pero mi remoto recuerdo de ellos es siempre muy cordial, al abrirte el portal y desearte buenas noches aguardando el óbolo, solían decir sonrientes: ¡Buenas noches! O: ¡Que lo pase bien, señorito! “Señorito” aún no era una palabra tan rara o incómoda como ahora. En fin, todo eso hicimos y nos vimos dentro del portal y subiendo hacia el cuarto piso. (Se dice que la voz “sereno” venía de que mucho tiempo atrás, estos nocturnos vigilantes voceaban las horas completas y añadían alguna información de lo que ocurría, que no debía de ser nada especial, así es que solían gritar aunque sin exceso: ¡Las doce y sereno! Y de ahí su nombre popular, decían.)

Nos abrió la puerta –sin duda era el dueño– un chico alto, vagamente rubio y no muy hablador, de unos treinta años, que nos franqueó la entrada cuando Gustavo le dijo de parte de quién veníamos. La casa no era pequeña pero a lo largo de la noche apenas volví a ver al anfitrión, que –por cierto– tan estupendamente lo había dispuesto todo. Creo que nunca supe su nombre o tan efímeramente que se me olvidó enseguida. Los salones centrales de la casa, con luz atenuada o sólo encendidas unas cuantas lámparas, tenían los muebles retirados, para que en el centro quedara como una pista de baile (eso era) y alrededor sillas y butacas, más allá alguna mesa con bebidas usuales y hasta canapés y del fondo (suave, sin ruido) llegaba una música melódica que invitaba al relax

o a bailar, obviamente unidos, agarrados como se decía. Yo tenía veintidós años cumplidos apenas hacía tres meses y, aunque tendía a considerarme mayor y ya era licenciado en Filosofía, la verdad es que debía de ser muy joven, no feo, “nuevo” para colmo, y así me veían. Gustavo saludó a algunos al entrar y luego fue a traerme un cuba-libre, él tomaba whisky con agua. Yo me quedé sentado al fondo, mirando y nervioso y él desapareció de momento. Vi que las edades y los estilos se mezclaban dentro de un orden, desde jóvenes de treinta y muchos con aire de caballeros –chaqueta y corbata– hasta jóvenes de mi edad o incluso algo menos, de aire bastante más informal. Estaba encantado porque por primera vez y de modo natural estaba plácidamente sentado entre gente como yo (entre gays) y todo era normal. Di un paseo como si nada y noté que al pasar algunos más mayores me tocaban discretamente el culo. Vi a un chico delgado y mono que por el corte de pelo debía de estar en la mili, pero el jovencito estaba ya bailando con alguien más mayor y no lo dejaron en toda la noche... Se me acercó un hombre de unos treinta y pocos años, arreglado y con aire de elegante. Yo no podía saber que era un habitual que tenía mote (el mote era frecuente en ese mundo chico con su idiolecto) y que pertenecía a una familia de anticuarios. ¿Se llamaba Manolo Durán? La verdad es que lo he olvidado, todos –supe después– le tenían cierta prevención porque era pesado –decían– y había tenido algún brote psicótico. A mí no me gustaba porque era mayor, pero se me acercó delicado y eso me parecía muy natural. Me dijo si era amigo de Gustavo y qué estudiaba (yo dije que todavía era estudiante) y él se presentó como abogado. Brindamos y oí por primera vez: ¿Bailamos? Dije que sí, y aunque yo no sabía bailar, comprendí que bastaba enlazarse y dejarse llevar por la música suave. Era un pretexto. Bailamos y hablamos. Nos besamos (él me

besaba a mí) y me toqueteaba un poco. Al cabo de un rato me preguntó: ¿Qué vas a hacer esta noche, quieres dormir conmigo? Y yo, aprovechando para desenlazar me, dije que no, que no, que era imposible y que tenía que llegar no demasiado tarde a casa (había avisado de que llegaría tarde porque iba a la fiesta de cumpleaños de un amigo), pero todo valía para desasirse de Durán, que no me interesaba... Lo vi unos años por el mundo gay y no mucho después –nunca tuve amistad con él– me llegó la noticia de que se había suicidado. Quizá no importe y desde luego yo no aparentaba tanta bisonería a base de pensarlo, pero aquél fue el primer hombre que me besó de verdad, aunque sin interés de mi lado, a mí que no hacía mucho había llegado a pensar que mi irremediable soledad erótica era tal que me moriría sin haber llegado nunca de verdad a besar bien a otro chico...

Para no reiterar, diré que el episodio Durán se repitió (con otros algo más jóvenes) al menos tres o cuatro veces más. Estaba claro que yo era un jovencito que gustaba a los mayores. No era lo que yo quería. Pero bailé, me besaron, me tocaron y ya dije que ahí terminaba la cosa. Todo a mi entender estupendo y natural y para un primerizo, que pasaba de unos brazos a otros brazos, punto menos que fabuloso. Por fin llegó un chico, más o menos de mi edad, levemente más alto y con el pelo rizado tirando a largo, que se llamaba Guillermo. Diré que no era exactamente mi tipo (yo buscaba un absoluto ideal, aunque no lo dijera, absoluto) pero éste era el que más se acercaba. Así es que también apreté mientras bailábamos agarrados y respondí plenamente a sus besos. Noté que la tenía dura, yo no, aunque estaba muy a gusto. Entonces él, acariciándome, tiró de mí hacia el final del salón donde había un sillón amplio en que podías (podíamos) tumbarnos y lo hicimos. Fue lo más erótico que había hecho en mi vida –hasta ahí nada difícil-

y Guillermo estaba completamente empalmado, no era pequeño su paquete, e intentaba que yo lo estuviera también sin conseguirlo, pese a los besos y a los compartidos restregones. Al fin, lo dejamos. Hubo una pequeña conversación, que creo recordar terminó extendiéndose a un par de chicos más. Me preguntó: ¿No te gusto? Yo le dije que sí, porque aunque no era mi idealizado tipo, no me parecía mal, de manera que no se sabía a qué atribuir mi falta final de respuesta. Creo (desde hoy) que estaba nervioso y cansado y que como primerizo –aunque no declarado– hubiera necesitado mayor intimidad, pero luego (muy al fondo) estaba aquello inconfesado de mi deseo mayor: hacerlo con un muchacho absolutamente de mi gusto. Un Ganimedes real o un Cipariso... No lo podía o sabía decir, pero estaba fuertemente arraigado en mi mente. Con todo, y aun habiendo hecho tanto y tan poco, para mí la noche fue extraordinaria y mágica y nunca la podré olvidar porque nunca se olvida el momento en que te liberaste, dijiste que sí, y seguiste gozoso hacia adentro el prohibido camino que era el tuyo... Por supuesto, inolvidable, literalmente. Sin embargo para Gustavo, al que apenas vi, debió de ser una fiesta de tantas. Creo que alrededor de las tres de la madrugada vino y me dijo que se iba y que si yo me iba también –lo dudaba– me acercaba con su coche. Nos despedimos de unos cuantos por encima y salimos. Claro, yo tranquila y jubilosamente me iba. Abriendo las puertas del coche, ya solos de nuevo los dos en la madrugada, Gustavo, con su sonrisa brillante, contagiosa y fea (él la asimilaba a Mick Jagger), me dijo: Pero mi querido, sos una puta... Y sorprendido contesté: ¿Yo? ¿Por qué? Pues, hijo, porque te han metido mano todos los que han querido. Era verdad, pero yo creía que eso era así, llanamente. Una cosa era acostarse y yo les había dicho que no a todos, y otra besarse y magrearse, porque si éramos gays y marginados, ¿no

debíamos permitirle un mínimo de gusto al camarada? A lo que Gustavo me respondió conduciendo ya y muy seguro: Pues no, mi amor, no. Una cosa es que seamos marginados y otra meter mano o que te la meta a ti alguien que no te guste. Con extraña y real inocencia repliqué: Lo entiendo, claro, pero no sé por qué supuse que no era así... Pues aprende, mi amor, aprende pronto. Desde luego, he aprendido ya. Y sé que no tardé nada. No había muchos chicos guapos –terció Gustavo– pero ¿ninguno te ha gustado? Guillermo no está mal. Le dije que era verdad pero que sólo me había gustado uno rapado como un soldado (lo vi al inicio sobre todo) pero que bailaba siempre con el mismo. Gustavo también había caído: Ah sí, el jovencito moreno. Creo que se lo tenía montado ya...

Es bastante posible que para mi querido Gustavo (para algún otro de los habituales) aquella fiesta en la Avenida de América hubiera sido una más, aunque más cuidada de bebida y ambiente. Para mí había sido absolutamente excepcional pues por fin me permitía cruzar emocionado y tranquilo las puertas de la liberación. Gustavo –fue una de las raras veces que lo hizo– me dijo por no recuerdo qué prisa casera que si no me importaba me dejaba en un taxi y mañana (que era ya hoy) me llamaría por teléfono. Le contesté que claro, que como quisiera y tomé un taxi tras despedirnos con un coloquial beso en la mejilla. Camino a casa, y aunque más bien hacía frío, no me importó que me diera un poco el aire que entraba por la ventanilla del taxi opuesta al conductor, medio bajada. Yo iba transido, absolutamente feliz, casi como abrumado. Pocas noches tan rotundamente felices y mágicas tendría así en mi vida. El aire fresco exaltaba mi adrenalina. Estaba seguro de que una parte de mi vida había quedado atrás definitivamente y que entraba en otra mucho más apasionante y sobre todo mucho más mía.

Renuncio a tratar de decir lo que era esa felicidad porque resulta como atravesar el horizonte y contemplar al otro lado un radioso sol que habías acaso presentido pero que nunca jamás habías visto todavía. Yo era otro. Volaba. Era la madrugada entre el 2 y el 3 de febrero de 1974. Como escribió el viejo Guillén en sus inicios, yo podía lícitamente creer en ese momento “que el mundo está bien hecho”. Allí, en aquel indescriptible momento. Era otro, en muchas maneras. La felicidad en estado bullente.